



Daniel de la Vega: poeta del barrio

Un lluvioso día abandoné Valdivia, paisaje de mi infancia, con los firmes anhelos de despertar mis sueños en la multitudinaria metrópoli y obtuve residencia en la zona de Avenida Matta, en una calleja que llegaba a Victoria, y de pronto me llamó la atención la figura desgarbada de un hombre vestido de negro, de sombrero de amplias alas, que siempre caminaba solo. —Dices que es poeta—, advertí a el barbero de las inmediaciones. Pero una vez tuve la grata sorpresa de saber que era Daniel de la Vega. Tenía una casaca de ladrillos, cuyos muros daban a dos calles. En el curso del tiempo llegamos a ser buenos vecinos.

Una noche conversando en el tranvía Carmen-Lira, se refirió a una curiosa puerta lateral angostísima, que daba a la vereda del sur, informando que antes fue ventana de la trastienda, pero la hizo romper hasta el suelo, para entrar en la noche y no despertar a los familiares, cuando regresaba de los teatros, porque en su diario ejercía de crítico.

Desde aquella conversación, cuando regresaba a mis lares, mecánicamente observaba la portezuela y me autointerrogaba: —¿Llegaría el poeta?, continuando mi andar. El sector era muy socorrido de artistas.

Fue muy quitado de bulla. Es bien cierto aquello que habría dicho de su columna: —“En ella hablo de todo, menos ofender, molestar o herir a una persona. Hay que estimular al prójimo. ¿Qué cuesta? Es una forma de hacer el bien”.

Con frecuencia manifestaba que bebía muy poco alcohol, más bien café.

Hacía alarde de modestia y con ello estimulaba a los jóvenes. Una vez dijo: “No saben Uds. la violenta impresión que me causó cuando divisé por primera vez a Víctor Domingo Silva en los días del Centenario, a quien al nombrar desde niño en mi casa de Quilpué y me fascinaban sus versos. Fue en Estado con Agustinas. Pasó al lado y le quise estirar los brazos. Por cierto que él no se dio cuenta y continuó velozmente, porque siempre caminaba muy rápido y con un enorme alado de papeles bajo el brazo.

Lo quedé mirando —continuó— hasta que se perdió en medio de la multitud. Y la verdad es que permanecí inmóvil y con una in-

mensa alegría de haberlo visto”. Pasó por la vida derramando bondades y fue ofebore del humor. Manejó el chivaleto en una imprenta menuda y de algunas de sus obras fue su propio editor.

En el campo gremial, participó en el primer Directorio de la Sociedad de Escritores, en su calidad de socio fundador.

Llevaba en sus venas sangre peninsular y cuando el pueblo español fue atacado y traicionado, estuvo al lado de la República.

Nació en Quilpué, el 30 de junio de 1892. Y desde: “Al calor del verano”, en 1911, publicó más de medio centenar de obras.

Perteneció a aquella promoción de poetas que afloraron después del Centenario. Con el fallecimiento de Daniel de la Vega, desaparece esa parte del Parnaso, cuyos autores nacieron en las postrimerías del siglo pasado y que decoraron alarosamente los cimientos de la poesía en Chile, rubricadas muchas de sus producciones creativas en las cincuentenarias páginas de “Selva Lítica”.

Daniel de la Vega: poeta del barrio [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Eslava, Ernesto, 1914-1995

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Daniel de la Vega: poeta del barrio [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile